

Cuarto Domingo del Tiempo Ordinario A2026

Quiero comenzar esta homilía con una observación. Una de las tendencias de nuestro mundo moderno en general, y de la sociedad estadounidense en particular, es la búsqueda de la felicidad. Todos anhelamos la felicidad a toda costa. Vivir una vida tranquila y en paz, más allá de los problemas económicos; gozar de buena salud y tener éxito en nuestros proyectos; tener todas nuestras necesidades cubiertas; tener todos nuestros deseos cumplidos... son algunas de las señales por las que las personas juzgan una vida feliz.

Pero no tardamos en descubrir que, incluso cuando las personas fingen ser felices, sufren decepciones, frustraciones, desilusiones e insatisfacciones. Al final, llegamos a la conclusión de que tener éxito o tener todo lo necesario significa necesariamente ser verdaderamente feliz. Esto nos lleva a distinguir la «felicidad» según los criterios humanos de la «felicidad» según Dios. Esta distinción nos lleva a separar la simple felicidad de la verdadera felicidad. Es esta verdadera felicidad, o la Felicidad Eterna, de la que hablan las Bienaventuranzas en el Evangelio de esta mañana.

Cuando depositamos nuestro gozo o felicidad en Dios, construimos sobre cimientos sólidos. Nada puede destruirlo, porque nada puede borrar a Dios. El gozo divino se puede encontrar incluso en el dolor, el sufrimiento, la pérdida, la tristeza, el hambre, la persecución, etc. Esto es lo que nuestro Señor nos dice en las bienaventuranzas. La existencia de tal felicidad eterna supera las meras condiciones humanas; su expectativa trasciende lo que nuestra mente puede imaginar; en su cumplimiento reside una sorpresa cuyo secreto está solo en Dios.

Una pregunta que surge aquí es esta: ¿Es posible para los seres humanos vivir lo que proclaman las bienaventuranzas? Sí. El poder de la resurrección de Jesús, la capacidad de Dios para hacer "nuevas todas las cosas", se transmite a nuestra naturaleza humana para que podamos vivir lo que las bienaventuranzas contienen y proclaman como verdad espiritual. Por lo tanto, no es locura decir bienaventurados los pobres, bienaventurados los dolientes, bienaventurados los mansos, bienaventurados los hambrientos y sedientos, bienaventurados los perseguidos, etc.

La felicidad de Dios no busca la satisfacción inmediata de las gratificaciones y deseos humanos. Busca la realización de los anhelos más profundos del alma humana: conocer la verdad, poseer el bien, amar y ser amado. Esta es la razón por la que fuimos creados por Dios. Encaminarnos hacia la verdadera felicidad es ser verdaderamente felices.

He aquí otra pregunta: ¿qué ventaja tendría para nosotros basar nuestra felicidad en Dios? Dios aporta a nuestra búsqueda un juicio equilibrado. En lugar de centrarnos solo en las gratificaciones humanas inmediatas, ampliamos el horizonte de nuestra vida para incluir la posibilidad de la felicidad eterna. Cuando entramos voluntariamente en el plan de Dios, nos disponemos a ver las cosas con otros ojos que los de nuestro cuerpo humano. Recibimos una luz de fe que nos lleva a ver más allá de nuestra visión mortal. Entendemos que la vida no se trata solo del presente o del pasado, sino también del futuro eterno.

Por lo tanto, en lugar de aferrarnos a las alegrías humanas, limitadas a este mundo, descubrimos que no se trata solo de ser felices ahora, en las condiciones actuales, sino de ser felices de tal manera que toda nuestra vida cobre sentido. Cuando adoptamos los caminos de nuestro Señor, tal como se formulan en las bienaventuranzas, alcanzamos la verdadera felicidad que nos brinda la paz interior y exterior que el mundo no puede dar.

En esta verdadera felicidad, encontramos nuestra verdadera identidad, el sentido de nuestra vida y la razón de nuestra existencia. Al recuperar quiénes somos desde la perspectiva de Dios, descubrimos nuestro verdadero ser, es decir, lo que Dios quiso que fuéramos desde la eternidad. Al mismo tiempo, reivindicamos nuestra pertenencia a su Reino.

Permítanme concluir. Las bienaventuranzas son una invitación a un estilo de vida que conduce a la verdadera felicidad. Son una oferta para una relación profunda con Dios. Proclaman una verdad espiritual sobre el Reino de Dios. Quienes viven según la enseñanza que contienen pertenecen al Reino de Dios. Son verdaderamente felices, aquí y ahora. Quienes son puros de corazón, mansos, misericordiosos, pacíficos... tienen en sus manos un anticipo del cielo, pues la vida de Dios mora en ellos. Son verdaderos discípulos de Jesús. Viven no según sus propios criterios y estilos de vida, sino según los del Señor.

Así, cuando nuestro Señor pronuncia: «Bienaventurados los...», no formula un deseo vago, accesible a un futuro más o menos lejano. Afirma una certeza de felicidad, una alegría permanente que quienes creen en él ya tienen en sus manos. Inaugura una nueva forma de ver la vida desde la perspectiva de una esperanza que no decepciona. ¡Que acepten este estilo de vida y sean bendecidos! ¡Amén!

Sofonías 2: 3; 3: 12-13; 1 Corintios 1: 26-31; Matthew 5: 1-12



Fecha de la Homilía: el 01 de Febrero, 2026

© 2026 – Padre Felicien I. Mbala, PhD, STD

Póngase en contacto: www.mbala.org

El nombre de Documento: 20260201homilia.pdf